

LO BANAL-PROFUNDO:

UN MECANISMO COSMÉTICO DE DESPOLITIZACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO EN POS DE LA DESACTIVACIÓN POLÍTICA. (O LA HISTORIA DE CÓMO EL SUJETO *HIPERCONEXO DEVINO INFRACONEXO, POSTSOCIAL, POSTCARNAL Y DESCOMUNAL*).¹

Luis Alberto Carrillo

Resumen

En lo que sigue, propongo la admisión de una categoría analítica, candidata entre otras tantas que una atención más sagaz pudiese detectar, para hacer comprensible la desactivación política actual. Se trata de *lo banal-profundo*, complejo bidimensional (resultado de la identificación entre lo banal y lo profundo) que provoca, por medio de la ejecución de operaciones lingüísticas *ad hoc*, la despolitización del espacio público. A su vez, este espacio público despolitizado es un escenario atractivo para una especial figuración pública: esa que, por medio de la digitalización de los contenidos de la primera persona en la red social, instala lo privado en lo público. Esta acción, en principio meramente procedimental, se torna, finalmente, sustantiva, pues deviene en la disolución de la distinción entre lo público y lo privado. En efecto, la red social, remedo del espacio público genuino, es el sitio predilecto de esta disolución, al cabo, un modo de consolidación de *lo banal-profundo*. Represento todo lo anterior en dos secciones: en la primera: *Lo banal-profundo: un dispositivo para la confusión*, defino y describo la categoría y, en la segunda: *Infraconexos dado que hiperconexos*, atiendo a los detalles con los que el agente hiperconexo, en abuso del dispositivo inteligente, deviene agente políticamente infraconexo.²

1 Texto leído en el *XIV Simposio de Filosofía Política: Lo público y lo privado en el espacio de la política* (11-13 de noviembre de 2015), organizado por la Universidad de Valparaíso, en conjunto con la Universidad de Chile, la Universidad Diego Portales y la Universidad Adolfo Ibáñez. (Mesa 5: *Sujeto moderno y espacio político: crisis y nuevas geografías de lo público y lo privado*). Mantengo casi la integridad del texto, salvo la variación del título (fue leído como: “Lo banal-profundo: Un capítulo en la retórica cosmética de las buenas-bellas formas políticas. O la historia de cómo los hiperconexos posmodernos devinieron infraconexos, hipermodernos, postsociales, postcarnales y descomunales”) y la reescritura del párrafo final.

2 En “La desaparición de la ciudad bajo el imperio de la primera persona en uso del dispositivo inteligente”, defino el término “dispositivo inteligente” como “todo mecanismo que simule, recree, reproduzca o reemplace, ciertas funciones propias del aparato mental humano, especialmente lo que atañe al almacenaje de información y a la publicitación de esa información”. Mantengo la definición. *Revista de Teoría del Arte*. N° 24, p. 36: Departamento de Teoría de las Artes. Facultad de Artes – Universidad de Chile. Julio-diciembre 2013.

Abstract

In the following pages, I propose the admission of an analytical category, candidate among others that could detect a more sagacious attention, for to make understandable the current political deactivation. It is the question of the banal-deepness, two-dimensional complex (a result from the identification between the banal and the deepness) that provokes, via execution of linguistics operations ad hoc, the depoliticizing of public space. In its turn, this depoliticized public space is attractive scenery for a special political figuration: this that, by means of the digitalization of first person contents on the social net, installs the private on the public. Indeed, the social net, parody in respect to the genuine public space, is the favorite place for that dissolution, after all, a way of consolidation of the banal-deepness. I represent the above things in two sections: at the first: The banal-deepness: a device for the confusion, I define and describe the category and, at the second: Infraconnected since hiperconnected, I attend to the details with which the agent hiperconnected, in abuse of the smart device, becomes infraconnected politically agent.

“La revolución no se detiene. *4GLTE* de *movistar* se está tomando las calles de todo Chile. Miles de revoluciones individuales. De los que sienten la diferencia entre 720 y 1080 *pixeles*. Que tienen la capacidad de decir las cosas a la cara. Revolucionarios que se alimentan de *likes*. Individuos capaces de pausar su vida pero nunca un video. Que saben que jugar no es un juego. *Twitteros* sarcásticos. Ciudadanos que miden las distancias en películas. Benditos impacientes. Para los que perder un segundo en *streaming* es una eternidad. Porque quieren todo, ahora, al instante. Vive tu propia revolución. Ahora la revolución se llama *4GLTE* de *movistar*. Primeros con presencia nacional, para los que quieren más, *movistar*.”

(Transcripción del texto de una publicidad para la empresa “Movistar”, de noviembre de 2013)

Primera sección. *Lo banal-profundo: un dispositivo para la confusión*

Un (otrora) promisorio conductor de televisión anuncia la proximidad de la revolución, de la revolución *4G*. En la misma época, unos cuantos modelos declaran que desfilan por lo que creen y algunos artistas venden la cultura de un *mall*.³

Estos casos, y otros accesibles a una mejor memoria, dan cuenta de una pretensión extraña: la fusión de lo banal con lo profundo: *lo banal-profundo*. No se

³ En sendos comerciales del *Mall Plaza*, unos modelos declaran desfilan por lo que creen y algunos artistas promocionan la cultura con sede en el *mall*.

trata ni de la *banalidad profunda* ni de la *profundidad banal*, episodios *oximorónicos* más bien abordables, que en la ocasión optan por la calificación, a contra corriente, de un nombre: una *banalidad profunda* es un evento de acreditación extraordinaria, el predominio de un atractivo casi imposible, esto es, el accidental caso de una trivialidad que, por obra de lo que fuere, va más allá de los confines de sí misma, por una vez, al modo de quien se instala en la silla del rey, por un día, y desde ahí escoge los súbditos de su nuevo y anómalo reino; es el primado energético de lo trivial que, en lugar de empujar el asunto hacia la extensa senda de la regularidad, lo lanza a la hondura profunda. La *profundidad banal*, por su parte, es también episódica, y en este caso se trata de instalar en la superficie algún evento de acreditada profundidad, aliviando la carga del asunto bajo el imperativo protagónico de lo trivial, y con la gentil intención de hacer comprensibles las bondades de la gravedad. Que lo profundo sea lanzado por una vez al espacio de la levedad atestigua la continuidad de su condición.

Lo uno y lo otro son genuinas operaciones de sinceridad. En éstas, el agente sabe que, instalado en lo banal, quiebra el asunto, imprimiendo profundidad en aquello que, por derecho propio, seguirá siendo banal, luego del caso extraordinario; o, instalado en lo profundo, hace de ello un caso cotidiano, rescatando de las lenguas de lo profundo, una pizca de lo que fuere. Los unos: los banales, pero profundos, y los otros: los profundos, pero banales, suavizan, adversativamente, la condición que los define.

Lo banal-profundo es, en cambio, lo banal y lo profundo, puestos uno al costado del otro. ¿Qué es *lo banal-profundo*? No es la celebración de la banalidad en cuanto banalidad, pero profunda en un episodio de arranque adversativo, ni tampoco el enaltecimiento de lo profundo en cuanto profundo, pero llevado a la superficie, en ocasión, asimismo, adversativa. *Lo banal-profundo* es la pretensión imposible de que la profundidad se identifique con la banalidad, en conjunciones delirantes y falsas como la que se dan entre *desfilar ropa* (banal) y *defender las propias creencias* (profundo); *promocionar una innovación para el consumo* (banal) y *celebrar la inminencia de la revolución* (profundo); o *vender los productos de un mall* (banal) e *incentivar la cultura* (profundo).⁴

La función cosmética de la política: Que lo banal sea asimismo profundo o que lo profundo sea asimismo banal, es consecuencia de la función cosmética de la política, consistente en la dotación inaudita de contenidos banales bajo las formas de la profundidad o la dotación, inaudita también, de contenidos profundos bajo las formas de la banalidad. Esta función cosmética es una distorsión categorial en pos de la confusión. Ser, o bien banal; o bien profundo; o bien banal, pero adversativamente profundo; o bien profundo, pero adversativamente banal, difiere de

4 Las condiciones de verdad de la conjunción lógica señalan que basta que uno de los componentes sea falso para que la conjunción sea falsa. En este caso, es falso que *desfilar ropa* sea *profundo* y es falso que *defender las propias creencias* sea *banal*. En estas conjunciones nunca se da el caso que ambos componentes coincidan en la verdad.

ser *banal-profundo* (o *profundo-banal*), en razón de la sinceridad y la transparencia expuestas en cada uno de aquellos tipos. La adhesión a lo *banal-profundo* disuelve, premeditadamente, la distancia categorial entre lo que arraiga (en lo profundo) y lo que flota (en la superficie).

Si la política, entendida como la articulación regimentada de la vida en comunidad, opera sobre un fondo no suficientemente regimentado, entonces, hacer política es propender a la aplicación de reglas que articulen la vida en comunidad, mientras se sostenga la permanente insatisfacción de la regimentación. La mejor cara de esta acción es reglar conjeturalmente el espacio público y, la peor, consolidar el espacio público mediante una regimentación definitiva, equivalente a la desactivación política. Es decir, la desactivación política consiste en garantizar la inamovilidad de la regimentación presente (la que fuere). Esta inamovilidad supone el arribo a un estadio donde la comunidad ya no requiere volverse reflexivamente sobre sí misma para indagar la idoneidad de su propia articulación, pues se ha alcanzado la convicción de la posesión de un cuerpo de reglas invulnerable y definitivo, a saber, la consolidación del espacio público. En esto consiste la función cosmética de la política.

La descripción del orden de las cosas, del normal curso de las cosas, es un modelo categorial que sirve al entendimiento. Ahora bien, cuando sirve además al control, este modelo categorial meramente descriptivo (el orden de las cosas, el normal curso de las cosas) deviene en el enunciado *performativo*: “poner las cosas en orden” (o “poner orden en las cosas”). Es decir, la cosmética es una estrategia que fija las cosas con el propósito de comprenderlas más eficiente y eficazmente, algo así como una operación fotográfica del mundo. Por ello, la hiperaspiración de un máximo adherente al orden es la panta-categorización, esto es, la reducción de todo lo que sucede en una única mega categoría. En este sentido, la fusión de lo banal con lo profundo, mero capítulo del proyecto estratégico cosmético de poner las cosas en orden, sirve a los propósitos de la consolidación del espacio público.

En el más primigenio sentido del término, la operación cosmética corrige y fija el orden en los cuerpos para hacerlos aparecer de un modo tal y en duración tal que, al cabo de un tiempo, vuelvan a estar como estaban, de modo que, en rigor, nunca estuvieron como parecieron estar. En la cosmética de las cosas no hay compromiso, sólo hay vínculos transitorios que hacen del mundo un lugar más hermoso, por un rato (o más feo, o más opaco, o más colorido, todo esto, sólo traslaticiamente).⁵ Lo que deriva de la fusión de lo banal con lo profundo es una corrección cosmética en este sentido: la operación de maniobras que o bien esconden lo profundo, tras el colorido maquillaje de lo banal; o bien esconden lo banal, tras el sobrio maquillaje de lo profundo. Al cabo, maniobras que no intervienen la naturaleza de las cosas y que sólo modifican el efecto que de las cosas sobreviene.

⁵ La cosmética es la disciplina de la belleza, en cuanto que el orden es belleza. Ahora bien, si el fin que persigue el acto cosmético es hacer de la faz del objeto, algo distinto de lo que en efecto es, derivativamente, el acto cosmético puede, entonces, no sólo perseguir la belleza, sino también la fealdad, o lo que fuere.

Que nada sea, a menos que sea para el sujeto, es la etiqueta solipsista del paraíso, donde intervenir políticamente el espacio público pierde sentido, pues sólo se precisa una labor seudopolítica que afecte la mera superficie. Tal es el paraíso, un lugar donde nada importa lo suficiente como para querer cambiarlo, pero en el que es conveniente simular que es posible todavía cambiar lo que importa: lujos del paraíso.

Por tanto, dado que en el paraíso no es preciso hacer política, verdaderamente, pues el paraíso consiste en la máxima consolidación del espacio público, la corrección cosmética hace al paraíso.⁶ No sólo nada se mueve, sino que hasta se permite la simulación de movimiento (máxima negación del movimiento). Corregir cosméticamente un estado de cosas es hacer aparecer lo que no está, haciendo desaparecer lo que está, aunque lo que aparece no esté (verdaderamente) y lo que está no desaparezca (verdaderamente). Este juego de intervenciones tiene el especial encanto de conformar el anhelo estético sin la provocación de golpe estético (el vuelco de los sentidos). La función cosmética de la política no genera el golpe estético que una maniobra genuinamente política está llamada a provocar. Si no hay diferencias entre lo que importa y lo que no importa, es posible hacer cualquier cosa pretendiendo que lo que se hace es importante. Esto es *lo banal-profundo*: una escenificación del paraíso donde, a propósito de la disolución de la distinción entre lo que importa y lo que no, entre lo que arraiga y lo que no, el lenguaje de lo que importa adviene a lo que no importa y el lenguaje de lo que no importa adviene a lo que sí importa. Por ejemplo, las revoluciones serán tanto los procesos de cambio radical como las sofisticaciones de las mercancías. Adviértase cómo ambos tipos de afectaciones difieren radicalmente, en lo que atañe al golpe estético y, sin embargo, admiten la misma categorización, tal que es posible decir que el arribo de una conexión de internet más veloz es una revolución (y decirlo al modo como se hablaría de una experiencia de revolución).

A diferencia de *lo banal, pero adversativamente profundo* y de *lo profundo, pero adversativamente banal*, fenómenos que no precisan la corrección cosmética, puesto que en ambos casos el segundo término califica diversamente al primero, *lo banal-profundo* (y su equivalente, *lo profundo-banal*) requiere la competencia cosmética, pues se trata de hacer desaparecer lo banal en lo profundo y lo profundo en lo banal. El mayor éxito de la cosmética es la propia desaparición, el no hacerse sentir, el no estar, o estar al modo de la ausencia. Si no está, no es posible advertir la divisoria entre los términos de la labor cosmética. En la labor de cualificación de *lo banal, pero adversativamente profundo* y de *lo profundo, pero adversativamente banal*, siempre sabemos qué tenemos ante nosotros; en el caso de *lo banal-profundo*, en cambio, la cosmética borra la línea demarcatoria, de modo que no sabemos ante qué estamos, si ante *lo banal* o ante *lo profundo*. Esta imposibilidad de juicio no aspira a la remediación en virtud de una mejor atención, pues no se trata de mirar con más detalle. En rigor, no hay nada que deba ser visto con un mayor detalle.

⁶ Estoy tentado a decir que esto es bueno, pues entonces, desaparecerían los políticos, pero ello sería caer en una maniobra *banal-profunda*.

Dado que la profundidad es una modalidad de (un nombre para) lo radical, en cuanto que lo que echa raíces, las echa en lo profundo y dado que lo banal es aquello que no tiene raíces, pues permanece –con levedad (o levemente)– en la superficie, entonces, la pretensión de hacer uno lo profundo y lo banal esconde el doble intento de cortar las raíces de lo profundo, des-radicalizando lo radical (desarraigamiento) y de dotar de raíces a lo superfluo, radicalizando la vida de superficie (falso arraigamiento). La disolución de la distinción entre lo radical y lo no radical es tal que deja en el mismo nivel magnitudes de impacto diverso: lo que importa, en tal cuantía, frente a lo que importa en cuantía diferente (mayor o menor). Veamos: una revolución es una cuestión radical, pero el advenimiento de una conexión de internet más veloz no lo es; accionar las propias convicciones es una modalidad de lo radical, pero desfilar ropa no lo es; la cultura es otra modalidad de lo radical, pero consumirla en un *mall*, no lo es.

El arraigamiento genuino viene dado por el compromiso estético con las cosas, aquel acto en el que las cosas impactan de modo tal que es imposible sustraerse corporalmente al evento. Lo que arraiga supone el cumplimiento de la condición de compromiso. Ahora bien, la indicación de compromiso demanda modos lingüísticos propios, tal que no quepa duda de que cuando se habla de lo que compromete, aquello, en efecto, comprometa. Cuando los modos para señalar el compromiso son usados para señalar lo que no compromete, estamos en presencia de un acto de radicalización de lo que no es radical (falso arraigamiento). Asimismo, cuando se sustraen los modos radicales de decir lo radical (lo que en efecto arraiga), estamos en presencia de un acto de des-radicalización (desarraigamiento). Puesto que la política es un modo que compromete, es decir, que arraiga, dado su alto índice de afectación, entonces, hacer política demanda el protagonismo de la fase estética, buscando afectaciones de índice múltiple con el uso de los modos lingüísticos propios. Así, el afán cosmético que no respeta la condición radical de la política, sustrae el golpe estético, conservando los modos radicales de decir: “nosotros desfilamos *jeans* y zapatillas por lo que creemos”. He aquí un caso de identificación de lo banal con lo profundo. La cosas de superficie dichas al modo profundo.

Este empeño por radicalizar las formas no radicales de convivencia, paralelo al empeño por desradicalizar las formas radicales de convivencia, es un fenómeno de actualidad. La urgencia de *lo banal-profundo*, intento simultáneo, y no meramente episódico, de hacer ambas cosas en el mismo acto, estatuye compromisos puramente formales y, por ende, aberrantes. Quien declara que desfila ropa por lo que cree, invade un terreno que en propiedad no le compete. Es admisible marchar por lo que se cree; protestar por lo que se cree; votar por lo que se cree; rebelarse por lo que se cree; matar o morir por lo que se cree (el fanatismo es el máximo alarde de lo profundo), etc., pero el modelaje, como insignia de las propias creencias, resulta por lo menos extravagante.

Con todo, si todo esto permaneciera en ámbitos de inocuidad, sería anecdótico. Pero, cuando la construcción de estas conjunciones invade terrenos donde

vale la pena que lo radical siga siendo radical (y no se confunda con lo banal), la consecuencia es la confusión política. En efecto, el ejercicio político actual es un ejercicio que escenifica *lo banal-profundo*. Los protagonistas, empeñados en la cosmética correctiva, operan, mediante la retórica de las buenas formas, conjunciones del tipo *banal-profundo*.

La escenificación pública de *lo banal-profundo* interviene el espacio público, en cuanto residencia de la política. Ello no significa que lo privado quede expulsado de (o ajeno a) la política. Significa sólo que el ejercicio político es externo. Por mucho que lo que se exponga sea el conjunto de las propias creencias políticas, su pura posesión íntima y solipsista obsta al ejercicio. No hay ejercicios políticos privados y si los hubiere, constituyen una lesión. La intervención política del espacio público exige, sobre todo, estar sujeto al golpe estético, vía afectación corporal.

Todo lo anterior no es una apelación moralina por lo radical contra lo banal (propia de la impostura revolucionaria). Hay en el mundo lugar para unos y otros, para radicales y banales. Todo ello viene bien mientras sepamos qué somos: radicales y banales, con ocasión de la radicalidad y la banalidad, en modo episódico más bien que en modo natural; y ante qué estamos: ante radicales o banales. El problema surge cuando, bajo el imperio de la disolución de la distinción, no sabemos qué somos, en la ocasión, si radicales o banales; o bien, cuando, bajo el imperio de la no inocente operación cosmética, quedamos expuestos al mensaje seudorradical (al falso arraigamiento, a la radicalización de las formas no radicales de convivencia), o arrojados a la escena de la desradicalización.

Por otra parte, esta operación de disolución es paralela a aquella que se ha dado entre las dimensiones de lo público y lo privado, no en el sentido de que entre ambas distinciones, radical-no radical y público-privado, se dé una perfecta correspondencia que haga a lo radical (o lo no radical) uno con lo público (o lo privado), sino en el sentido de que, al disolver la distinción, ya no sabemos, en un caso, qué es radical y qué es no radical y, en el otro, ya no sabemos qué es público y qué es privado. Ahora bien, aun cuando será interesante preguntar, luego, cómo se cruzan, con mayor frecuencia, estos cardinales: público-privado-radical-no radical, lo crucial en esta parte de la indagación es advertir el ámbito de desconocimiento sobre el que se desenvuelve la cuestión: no saber si estamos ante gestos radicales o no radicales. Incluso más, no es sólo que, dada la operación de disolución, no sepamos qué es radical y qué es no radical, sino que lo crucial de la disolución es que se opera para que no se sepa qué es radical y qué es no radical.

Por ejemplo, la alusión a la ciudadanía como clave remedial de todo lo que sucede en el presente, es una señal de *lo banal-profundo*. ¿Por qué, finalmente, esta invocación suena vacía? Sencillamente porque está vacía. Un signo de esta vacuidad es la presencia permanente de fórmulas que imputan a la ciudadanía un protagonismo que, en los hechos no es tal. Es, al menos, sospechoso que, sin importar las convicciones ideológicas, todos se declaren adherentes al nuevo paradigma de ciudadanía protagónica. En efecto, en las declaraciones de todo aquel que quiere permanecer en

el rumor cotidiano, la palabra “ciudadanía” ocupa el lugar de mantra salvador. Todo esto como si bastara con decir; sin embargo, a veces, las palabras no lo son todo.

El ejercicio político hoy se ejecuta en las puras formas. La carencia de contenidos es patente en el uso de fórmulas políticamente correctas, de esas que, se presume, son las convenientes: “ciudadanía empoderada”; “gobierno ciudadano”; “participación ciudadana”; “ciudadano inteligente”. (Incluso hay un debate televisivo llamado “ciudadanos”). No obstante, ni la ciudadanía está empoderada ni la participación ciudadana es un hecho ni existe nada como el ciudadano inteligente ni el debate en el marco televisivo puede ser, en rigor, ciudadano.

Segunda sección: Infraconexos dado que hiperconexos⁷

Lo banal-profundo, complejo bidimensional entre lo trivial y lo sustancial, permite la puesta en escena de una vocación política convenientemente atenuada, al modo del cumplimiento forzado de un compromiso incómodo. En contrario, nótese qué puede ser más cómodo que poner las propias creencias en la pasarela de las zapatillas, de los *jeans* o de lo que sea y decir que eso es el cumplimiento de un compromiso político, bajo la consigna “yo desfilo por lo que creo”.

Esta vocación política atenuada queda perfectamente representada por la participación, con voz *en línea*, en la red social. Las plataformas de acceso universal constituyen el escenario preciso para confundir éxito conectivo con éxito comunicativo. No obstante, la garantía de acceso no equivale a la provisión de contenidos e, igualmente, el compromiso de participación no equivale a la participación comprometida. Creer lo contrario es transitar el mundo de *lo banal-profundo*, confiados en (y entregados a) la competencia dispositiva.

La hiperconexión contemporánea es pura celeridad vacía de experiencia. La inmediatez del mecanismo, con su promesa de éxito comunicativo garantizado, sólo cumple una parte del compromiso: aquella que permite saber que el mensaje fue exitosamente enviado y, del otro lado de la línea, exitosamente recibido y, presuntamente, leído. Ahora bien, si todo lo que hace falta para cantar el éxito comunicativo es la existencia de una nomenclatura postal, sin que medie ninguna certeza sustantiva en torno a las consecuencias de lo que se comunica, entonces, la promesa está muy lejos de ser satisfecha. Por cierto, este reclamo estaría fuera de lugar, si el acto bruto de la conexión fuese el interés exclusivo. No obstante, la aspiración va más allá: se quiere hacer de este ejercicio conectivo el máximo logro comunicativo, el modo contemporáneo del tráfico de experiencias.⁸

7 En “La desaparición de la ciudad bajo el imperio de la primera persona en uso del dispositivo inteligente”, con los términos “hiperconexo” e “infraconexo” indago, entre otras cosas, la transición que va desde el exceso de conexión a la precarización de la conexión, por obra del dispositivo inteligente. (Véase: Revista de Teoría del Arte. N° 24, p, 35-65: Departamento de Teoría de las Artes. Facultad de Artes – Universidad de Chile. Julio-diciembre 2013).

8 Aun cuando, en lo que sigue hay numerosas alusiones a la experiencia (experiencia digital,

Es así como el repertorio experiencial, pretendidamente susceptible de hiperconexión, va desde la anécdota hasta la confesión; desde la opinión hasta el aforismo; desde la liviandad hasta la gravedad. Pero, bajo la estricta condición de que todo sea dicho en un relato de primera persona. He aquí donde radica el engaño mayor: el uso de la primera persona, pilar narrativo del ejercicio del conectado, aparece como garantía de genuina comunicación de experiencias. No obstante, dado que, por vía del dispositivo inteligente, se dice todo lo que cabe ser dicho en primera persona, la aspiración a la exposición de experiencias es indiscriminada. Si todo es experiencia, entonces nada lo es. Es más, para que haya genuina experiencia, debe haber un rango de eventos que no califiquen como experiencias. Pero, que todo sea dicho, porque no cabe no decirlo, muestra que decirlo no es un privilegio que devenga a partir de la calidad del evento. En consecuencia, tendrán el mismo nivel de sustancia experiencial comunicable, eventos como: *estar en el baño con diarrea o escuchar a mi hija leyendo su primera palabra*, de modo tal que: “con diarrea en el baño” y “escuchando a mi hija leer su primera palabra” son enunciados que caben en la misma red social, en cuanto expresiones narrativas de experiencias transferidas desde la esfera privada hasta la esfera pública. La publicación de contenidos privados en red, a primera vista, carece de criterios, pero, visto con más detención, responde a un criterio único, a saber, que lo que se diga corresponda a un discurso en primera persona, posible de ser dicho por medio de un dispositivo de conexión inteligente. Sin embargo, una vida privada, completamente expuesta en la escena de la red global, donde incluso cabe la simulación de la privacidad, es un atentado contra la permanencia de la privacidad misma. Por tanto, si todo es publicable, no tiene sentido separar lo público de lo privado.

Hay cosas que no se dirían en primera persona, en ausencia de un dispositivo de conexión inteligente y que, sin embargo, se dicen, sólo porque hay un dispositivo de conexión inteligente involucrado. Esto señala la fuerza *performativa* de la conjunción de la primera persona con el dispositivo inteligente, al punto de generar la convicción narcisista de que es necesario publicar todo lo que pasa. El dispositivo, criterio final para lo público y lo privado, no acepta reticencias, sacralidades ni reservas pudorosas.

Precisamente, en este punto sobreviene la disolución de la distinción entre lo público y lo privado. La esfera privada aloja entera en la red en la medida en que no cabe distinguir qué hace diferente un contenido publicable de uno que no lo es. Sólo el arbitrio del agente que se conecta determina qué vale la pena publicar y qué no. Al cabo, la condición pública y la condición privada de un contenido se adquiere por obra del dispositivo de conexión inteligente: un contenido cualquiera

experiencia de conexión, experiencia de estar conectado, experiencia genuina, calidad experiencial de los intercambios, etc.), este trabajo no pretende ser un estudio acerca de la experiencia y sus dinámicas. Para ello, consúltese el monumental trabajo de Martin Jay: *Cantos de experiencia: variaciones modernas sobre un tema universal* (Paidós. Buenos Aires. 2009). Y, del mismo Jay: *La crisis de la experiencia en la era postsubjetiva* (Edición a cargo de Eduardo Sabrovsky. UDP. Santiago. 2003).

era publicable debido a que se publicó, por vía del dispositivo. Por tanto, un contenido cualquiera no publicado, será privado en cuanto no le acontezca la labor del dispositivo de conexión inteligente.

La razón está en que, en ausencia de la visión de la contraparte (de la experiencia de la contraparte), el agente carece de las señales que orientan la dinámica de intercambio entre lo privado y lo público, de modo que lo que en principio es poner la esfera privada en la esfera pública (desaparición de la condición privada de los asuntos propios puestos en red), pasa a ser el ejercicio inverso de *introyectar* la esfera pública en la esfera privada (desaparición de la condición pública de los asuntos puestos en red). El criterio para el intercambio, en ausencia de la contraparte corporal, radica ahora en el propio dispositivo, es decir, en el sujeto dispositivamente conectado. En el límite, la inicial puesta *vis à vis* de las esferas pública y privada pasa a ser la disolución de la esfera pública en la esfera privada mayor.

La esfera pública termina, ocasionalmente, reducida a la reunión de las esferas privadas que comunican sus asuntos en red. Enseguida, como esa red acontece (y sólo puede acontecer) en los dispositivos y los dispositivos son privados, la esfera pública desaparece en la hipertrofia de la esfera privada, replicada, exponencialmente, en cada dispositivo de conexión inteligente. La consecuencia es que la labor de este narrador de lo propio, ajeno a la exposición política pública, y absorto en la propia experiencia de no carecer de experiencias, se sobredimensiona, asimismo, exponencialmente, hasta el infinito.

Esta introyección de lo público en lo privado, al modo de un tránsito desde la experiencia de conexión como modo-mecanismo utilitario para la consecución de otras experiencias hasta la experiencia de la conexión como momento valioso en sí mismo, hace de la conexión la única experiencia genuina, condición de posibilidad para el resto de las experiencias. La autenticidad de la experiencia de estar conectado hace trivial la vida pública, pues para estar conectado sólo hace falta, en principio, un sujeto y un dispositivo. Así, la experiencia de estar conectado es tanto la experiencia de un sujeto como la experiencia de un dispositivo. No obstante, al final, sólo hace falta un dispositivo. Estar conectado es el estado propio de un dispositivo de conexión inteligente. El fondo de la experiencia de la conexión digital es el sujeto apropiado por la naturaleza propia del dispositivo.

Entonces, dada la *hiperconexión*, deviene la *infraconexión*. La red social, modo contemporáneo del paraíso, es un falso espacio público donde los individuos postpolíticos, en el detalle: postsociales, postcarnales y descomunales, con sus dispositivos de conexión inteligente biográficamente adheridos, ejercitan la terapia cartesiana de no tener nunca la necesidad de salir de sí mismos.⁹

9 En torno a la relación entre la red social y la conciencia cartesiana, véase la primera sección: *Notas en torno al cartesianismo digital*, p. 36, de mi trabajo "La desaparición de la ciudad bajo el imperio de la primera persona en uso del dispositivo inteligente" (Véase: *Revista de Teoría del Arte*. N° 24, p. 35-65: Departamento de Teoría de las Artes. Facultad de Artes – Universidad de Chile. Julio-diciembre 2013).

Postsociales, postcarnales y descomunales: Postsociales, a saber, sujetos en viaje trascendental con destino de solipsismo inevitable, recreados en transitar la red social, yendo desde y hacia el último reducto comunitario: el dispositivo inteligente, pues en el mecanismo dispositivo (en el aparato) caben todos en la medida en que admitan la conexión, al modo de membresía para el ingreso a la plaza pública infinita. Y además postcarnales, es decir, sujetos depositados en los espacios públicos de la ciudad, pero abstraídos de las inconveniencias del intercambio corporal, en modo de reducción corporal, a la manera de entidades platónicas, en uso del cuerpo como mero instrumento: para la residencia, para el transporte, para la reproducción. Éste es el tiempo en el que ya no se está donde el propio cuerpo está, pues *el modo corporal de estar* está supeditado al *modo virtual de estar*. En rigor, el nuevo cuerpo es el dispositivo inteligente, cuya posición fija la dirección del agente. Y, finalmente, descomunales, esto es, sujetos distantes de lo verdaderamente común, crecientemente sectorizados en sus intereses, por vía de la pertenencia a diversas microcomunidades de rápido acceso y rápida aniquilación.

Propusimos, en el principio, *lo banal-profundo* como categoría analítica para hacer comprensible la desactivación política. El modo de esta comprensión es un itinerario cíclico que va desde y hasta *lo banal-profundo*: despolitización del espacio público; figuración pública *en línea*; instalación de lo privado en lo público; disolución de la distinción entre lo público y lo privado; finalmente, consolidación de *lo banal-profundo*, es decir, su retorno.

La estancia en el nuevo espacio público, consolidado en el dispositivo de conexión inteligente, hace inútil la salida con interés de verdadera intervención política, pues nada importa más que la adquisición y el goce de la mercancía paradisiaca, accesible desde el dispositivo inteligente. Incluso, las relaciones sociales quedan ilustradas según el comercio paradisiaco (¿qué es etiquetar a alguien en una red social?). No es preciso salir al espacio público, ni para adquirir ni para compartir, pues todo reside convenientemente a la distancia de un *touch* en la pantalla. La única salida que se admite es aquella entendida como mera continuidad de la intimidad digital. En efecto, salir a la calle sin la compañía de un dispositivo de conexión inteligente, cuya portabilidad posibilite la conexión permanente, supone una exposición cívica inaudita.

La confusión entre lo banal y lo profundo, entre lo que importa y lo que no, entre lo que compromete y lo que no, tienen en la red social, un asiento preferente. Esto es, si hay un “lugar” donde fusionar con éxito lo banal y lo profundo, ese lugar es la red social. Ahora bien, dado que no hay red social, para el sujeto, sin la posesión, por parte del sujeto, de un dispositivo inteligente con el cual acceder, entonces, sin más, no hay red social sin dispositivo inteligente; la red social la hacen los dispositivos en contacto. Igualmente, dado que la realización del dispositivo inteligente acontece en la red social, no hay dispositivo inteligente sin red social; sólo la existencia de la red social permite la realización del dispositivo. En consecuencia, red social y dispositivo inteligente devienen juntos en la obra del sujeto. Precisamente, esto es

ser un sujeto hoy: un agente que adquiere existencia plena sólo en la red social por vía del uso del dispositivo de conexión inteligente. El dispositivo está dispuesto para permitir la participación en la red, mientras que la red existe para la realización del dispositivo. En este estado de cosas, el individuo es un pretexto para el dispositivo y, por ende, para la red.

Al cabo, no hay sujeto fuera de la red social. Se trata de una vuelta rotunda a la modernidad, un retorno con culpa, recargado, al modo de una mejor versión. Así como el hallazgo indubitable del acto de pensar como única certeza cartesiana, permitía la postulación de un agente para ese acto (el sujeto cartesiano entra por la ventana); así también, el hallazgo del acto de conexión como certeza indubitable, permite postular un agente para esa conexión. Hay pensamiento, entonces hay sujeto que piensa y, entonces, sujetos que piensan. A su vez, hay conexión, entonces hay sujeto en conexión y, entonces, sujetos en conexión.

He aquí puesta en obra una verdadera terapia cartesiana que permite la sana conformidad del sujeto con el mundo, gracias a la adquisición del mundo. Todas las inconveniencias de la vida pública quedan resueltas en este nuevo sujeto hiper-tecnológico que ha desdeñado el imperativo de la afectación corporal para ceñirse a los parámetros del dispositivo inteligente.

El dispositivo y sus modos marcan el sello de la conexión. De ahí que la conexión política siga la misma línea. El sujeto con existencia imperativa en red se expresa políticamente en red, tal que no interviene sino el falso espacio público. Como esta intervención está desprovista de afectación corporal, deviene vacía intervención política. Este sujeto avenido a la inmediatez puramente dispositiva del hacer en red, emprende un hacer político idiosincrásico en consecuencia, desde la pantalla del dispositivo inteligente con dirección de otro dispositivo inteligente. La política actual la hacen los dispositivos en una red de dispositivos, con la presencia del sujeto como mero pretexto vehicular.

El mensaje de este agente hiperconexo que, en virtud del abuso del dispositivo inteligente, devino agente políticamente infraconexo, es de condición *banal-profunda*. Igualmente, la red social, destino último del mensaje, es un espacio público de naturaleza *banal-profunda*. Impresiona notar cómo todos coinciden *en línea*, en sus expresiones acerca de lo que sucede, acerca de las objeciones, acerca de las condenas, etc. Esta supuesta ciudadanía digital, aunque permite la exposición de los contenidos propios, termina, asimismo, orientada a la reducción egoísta. La razón es que la exposición digital de contenidos no alcanza a ser un evento verdaderamente público, puesto que la celeridad lesiona la calidad experiencial de los intercambios.

En efecto, la celeridad, una de las gracias adjuntas a la hiperconectividad, es un vicio en lo que atañe a la eficacia informativa. La proliferación de voces *en línea* es un griterío ensordecedor autoanulante, semejante al que se daría en una habitación hermética en el que todos los ocupantes hablaran a la vez. De modo que, si todos hablan al unísono, el intento de enterarse de qué sucede realmente, en el ámbito que sea y al amparo de las herramientas del hipervínculo, es tan problemático

como si las fuentes de información guardaran estricto silencio. Pruebe a imaginar lo siguiente: se encuentra de pronto con que el bus en el que viaja queda detenido en la carretera. Nadie sabe lo que pasa. O bien un animal atravesado en la pista; un aviso de emergencia química; un control policial exhaustivo; una intervención teatral sin destino; una pareja de amantes desavenidos discutiendo en medio de la calzada el alcance de los hechos; un camión atravesado que, debido a la evidencia de que la falta de combustible hará imposible su llegada a destino, intenta un irrazonable giro en pos del retorno a la estación de servicio más cercana. Todo esto puede ser. Se multiplican los *peirces* filoabductivos, postulando la mejor explicación. Pero estos *peirces* no se quedan elucubrando en sus cabecitas cuál será la causa del taco. En el acto, estos *peirces* conectados al *twitter*, publican sus hipótesis explicativas, más o menos razonables. Al cabo, las publicaciones adquieren estatus epistemológicos insospechados. La inferencia a la mejor explicación cumple el requisito de las menciones. Entonces, la más razonable causa del evento es aquella que más se menciona. Las cavilaciones mentales privadas, inocuas en cuanto íntimas, ahora acontecen en un dispositivo interconectado con cientos de otros dispositivos. Si no son íntimas, ya no son inocuas.

Dar cuenta del mundo de esta manera, por medio del dispositivo inteligente, es recrear la paradoja pictográfica: si eternizar el momento sólo es posible en la medida en que se deje de asistir al momento, entonces, asistir al momento es dejarlo partir sin registro. El contacto mediado por el dispositivo, de pantalla a pantalla, sólo es posible bajo la condición de que el sujeto impida la afectación estética. Es decir, el acceso es cada vez más indirecto, tal que las versiones expuestas en red se alejan exponencialmente desde la fuente.

Quedaba pendiente indagar cómo se cruzan los cardinales: público-privado y radical-no radical. El uso del dispositivo inteligente desactiva la radicalidad que pudiese acompañar las convicciones del agente. Como el dispositivo se hace uno con la red social (pues la red social está irremediablemente anclada al dispositivo y el dispositivo inevitablemente se perfecciona en la red social), las intervenciones radicales señaladas desde el dispositivo, con destino de red social, nunca salen del dispositivo. El dispositivo de conexión inteligente es la última versión del solipsismo. De haber radicalidad, ésta no consigue salir de los confines de la pantalla. Así, junto a esta identificación entre lo público y lo privado, acontece una identificación análoga entre lo radical y lo no radical. El agente *hiperconexo* con anhelos de intervención radical, dado su anclaje al dispositivo de conexión inteligente, deviene agente políticamente infraconexo. Este anclaje del agente en el dispositivo es el cierre del ciclo de *lo banal-profundo*, pues diga lo que diga, aquello será dicho desde el inofensivo escondrijo digital.

Finalmente, no hay radicalidad en el dispositivo inteligente, no hay radicalidad en las redes sociales, y no hay radicales en el dispositivo. Quienes pretenden ser radicales por vía del dispositivo, no son distintos de aquellos que cantan la revolución *4G* con los tonos de la experiencia de la revolución verdadera; semejantes a

quienes celebran la sofisticación de las mercancías del paraíso como si fueran eventos de radical importancia; idénticos, al cabo, a aquellos que, en la pasarela del *mall*, desfilan *jeans* y zapatillas en el nombre de lo que creen.

Bibliografía

Carrillo, Luis Alberto. “La desaparición de la ciudad bajo el imperio de la primera persona en uso del dispositivo inteligente”. *Revista de Teoría del Arte*. N° 24, Departamento de Teoría de las Artes. Facultad de Artes – Universidad de Chile. Julio-diciembre 2013, p, 36.